

KARL SCHLÖGEL

TERROR Y UTOPIA

MOSCÚ EN 1937

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Terror und Traum*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Karl Schlögel
© 2008 by Carl Hanser Verlag, Múnich
© de la traducción, 2014 by José Aníbal Campos
© de la imagen de la cubierta, by Boris M. Iofán, AKG-images, Album
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

La traducción de esta obra ha sido apoyada con una ayuda del Goethe-Institut,
que es financiado por el Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio
de Educación, Cultura y Deporte



En la cubierta, Palacio de los Soviets, de Boris M. Iofán

ISBN: 978-84-16011-32-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 22 587-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	15
Navegación: el vuelo de Margarita	31
Moscú, una obra en construcción: el Plan General de Stalin en acción	67
Topografía de la desaparición: el directorio telefónico moscovita de 1936	99
La fabricación de enemigos: la causa contra el centro terrorista trotskista-zinovievista, 19-24 de agosto de 1936	120
«Cansado de los esfuerzos de observar y reconocer»: el libro <i>Moscú 1937</i> , de Lion Feuchtwanger	141
A la luz del fuego: España y otros frentes	161
Ceguera y terror: la desaparición del censo de 1937	183
Un escenario para los horrores de la industrialización: el segundo proceso público de Moscú en enero de 1937	210
«Un banquete en tiempos de la peste»: el aniversario de Pushkin el 10 de febrero de 1937	240
La muerte pública: el suicidio de Ordzhonikidze y el ritual de la muerte	265
En la sala de máquinas del año 1937: el Pleno del Comité Central de febrero-marzo	291

Moscú en París: el pabellón de la URSS en la Exposición Universal de 1937	3 2 6
La Plaza Roja: lugar de celebraciones y patíbulo	3 4 2
Concierto de Chopin y ritual del asesinato: la radio y la creación del gran colectivo	3 5 0
Art Déco soviético: el tiempo atrapado en la piedra	3 6 9
«Cuerpos morenos, claros pantalones cortos»: el desfile de los deportistas	3 9 9
Riqueza y destrucción: el XVII Congreso Internacional de Geología en Moscú	4 1 1
Una ciudad junto al mar: la inauguración del canal del Volga y el Moscova	4 3 9
El año de la aventura: el Ícaro soviético de 1937	4 7 1
El escaparate Moscú: la abundancia del mundo, hambre de consumo y mareos por hambre	5 0 0
Espacios abiertos, paisajes de ensueño: viajes en cruceiro a través del Volga, vacaciones en la Riviera Roja, conspiración en la Dacha	5 1 8
Viaje a casa y muerte del nacionalbolchevique Nikolái Ustriálov	5 2 4
Celebraciones de la Revolución de Octubre el 7 de noviembre de 1937	5 4 4
Miniatura de una <i>high society</i> antes de la masacre	5 5 8
El Hollywood soviético: sobre milagros y monstruos	5 8 2
Muerte en el exilio	6 0 5
Arcadía en Moscú: el Lunapark de Stalin	6 3 2

<i>Avtozavódtsey</i> : los obreros de la Fábrica de Automóviles Stalin	642
Jazz: el sonido de la década de 1930	673
Cambio de rostro, cambio de época	687
América, siempre América: el otro nuevo mundo	693
«Porque no hay otro país sobre la tierra...»: 1937 y la producción del espacio soviético	712
El campo de tiro de Bútovo: topografía del Gran Terror	725
«Una vela blanca en el horizonte...»: tiempo de sueños, mundos infantiles	779
Yezhov en el Teatro Bolshói: el acto conmemorativo del vigésimo aniversario de la Cheká	786
El adiós de Bujarin	800
«¡Sólo para uso oficial!»: Moscú, una ciudad en el mapa del enemigo	827
La excavación	834
<i>A modo de epílogo</i>	852
<i>Agradecimientos</i>	853
<i>Nota del traductor</i>	858
<i>Notas</i>	859
<i>Bibliografía</i>	955
<i>Índice onomástico</i>	985

PRÓLOGO

Desde mi primer encuentro con el mundo ruso-soviético tuve claro que algún día escribiría este libro. En realidad, lo tuve claro desde que empecé a pensar en términos políticos. No es posible hablar de la Rusia del siglo xx y de la actual Rusia postsoviética sin ocuparse de ese punto de inflexión que marca el año 1937. En todos los temas sobre los que han tratado mis trabajos hasta el momento—San Petersburgo como laboratorio de la modernidad; la experiencia del exilio ruso en el Berlín de entreguerras; el renacimiento de Rusia y el fin de la Unión Soviética—, de algún modo, en algún momento, las líneas conducían siempre forzosamente hacia ese lugar y esa época en que se produjo una ruptura radical e irreversible: la década de 1930 del siglo xx.

Iba todavía a la escuela cuando, a principios de la década de 1960, escuché a Yevgueni Yevtushenko recitar el poema «Los herederos de Stalin». A pesar de que aún no se conocía toda la historia, había en aquellos versos algo inquietante, ominoso y siniestro, algo que no debía repetirse jamás, una catástrofe que se había cernido sobre un país y sobre un pueblo. Esta idea se repitió a lo largo de los años, se convirtió en un *leitmotiv*. Entre mi posterior círculo de conocidos en Moscú no había nadie cuya familia no tuviera alguna víctima que lamentar: familiares desaparecidos, niños que ni siquiera sabían dónde y cuándo habían sido fusilados sus padres, familias dispersadas por toda la Unión Soviética durante aquellos años. En todas partes podía verse el rastro de la violencia, del infortunio, de la arbitrariedad. No obstante, no hubo, hasta el final de la Unión Soviética, ningún monumento que recordara a esos muertos y que hiciera público aquel trauma colectivo.

Ni en Alemania Occidental ni en Berlín Occidental, donde empecé a estudiar, podía hablarse de falta de información o de que el tema estuviera silenciado. Mucho antes del monumental «intento de superación por medio del arte»* emprendido por Aleksandr Solzhenitsyn en su *Archipiélago Gulag*, había otras grandes narraciones de aquel hecho: piénsese, por ejemplo, en el relato de Alexander Weissberg-Cybulski sobre su odisea a través de las prisiones estalinistas, en la versión de Arthur Koestler sobre la conmoción que produjeron los procesos públicos moscovitas en su novela *El cero y el infinito* o en las estremecedoras memorias de Yevguenia Guinzburg y Nadiezhda Mandelstam. En 1969, también había aparecido el ensayo de Robert Conquest sobre el Gran Terror, al que le siguió, muy poco después, la historia del estalinismo de Roy Medvédev desde una perspectiva interna.

No obstante, a esa catástrofe histórica, a las tragedias humanas de la Unión Soviética en la década de 1930 jamás se les concedió la atención y el interés que cabría esperar de una opinión pública que había estado expuesta al horror de los crímenes nacionalsocialistas. Predominaba, en ese sentido, una curiosa asimetría. A un mundo que había grabado en su memoria nombres como los de Dachau, Buchenwald y Auschwitz se le hacía difícil tratar con nombres como los de Vorkutá, Kolymá o Magadán. Se había leído a Primo Levi, pero no a Varlam Shalámov. Fue así como las víctimas de Stalin sufrieron una segunda muerte, esta vez en la memoria. Desaparecieron tras la sombra de aquellos crímenes del siglo perpetrados por los nazis, se volvieron invisibles tras la cifra elevadísima de víctimas de la «Gran Guerra Patria». Luego quedaron abandonados en el camino, en medio de los ajustes de cuentas ideológicos de la guerra fría, en los

* En castellano, el subtítulo acuñado para el libro de Solzhenitsyn es *Ensayo de investigación literaria*, pero hemos preferido traducir la más elocuente versión alemana: *Versuch einer künstlerischen Bewältigung*. (N. del T.).

que no podía darse crédito a algo cuando el aplauso venía del lado contrario, y cuando el consenso antitotalitario rápidamente orquestado contra el comunismo después de 1945 hacía olvidar, muy a menudo, que aún no se había avanzado demasiado en el esclarecimiento del propio pasado totalitario. Las víctimas de ese otro desmoronamiento de la civilización desaparecieron de un modo definitivo tras el muro de silencio que la división de Europa erigió durante medio siglo. De este modo, en cuanto salía a colación la cuestión de las víctimas de la dictadura de Stalin las complejas racionalizaciones conducían a una curiosa falta de interés e incluso a la indiferencia.

Pero Moscú en 1937 es un escenario de la historia de Europa. Moscú no está en cualquier parte, sino en un punto de fractura de la civilización europea. Los muertos de 1937 son contemporáneos de un «siglo de extremos» que traspasó todos los límites. Por tal razón, Moscú en 1937 debería formar parte de nuestras reflexiones cuando nos preguntamos sobre qué fue el siglo xx para Europa.

Esto, a lo sumo, se ha puesto claramente de manifiesto desde el fin de la Unión Soviética, un final acompañado por una lucha elemental dedicada al autoexamen y a la recuperación de la memoria histórica. Por primera vez fue descrita la topografía del terror soviético, por primera vez se publicaron los nombres y los retratos de los hasta entonces innombrables, y se erigieron monumentos en su honor. Falta todavía mucho para que este proceso acabe, y sólo llegará a feliz término cuando la Lubianka, ese símbolo de desprecio infinito por el ser humano, de violencia asesina, situado en el mismo centro de Moscú, se transforme, un día no muy lejano, en un museo y en un lugar de conmemoración.

Este libro, si se tiene en cuenta el inabarcable torrente de bibliografía, de memorias e investigaciones recientes, llega con tardanza. Sin embargo, tal vez llegue, al mismo tiempo, demasiado temprano si recordamos que supone el esclareci-

PRÓLOGO

miento de uno de los momentos más desconcertantes de la historia europea reciente. En mi caso, el hecho de que haya tardado tanto no se debe a ninguna inhibición intelectual, sino a la desolación ante un acontecimiento histórico en el que parecen esfumarse todas las diferenciaciones simples y las relaciones causales. Nunca antes había sentido con más fuerza el carácter inapropiado del lenguaje como en el tiempo que pasé actualizando los monstruosos acontecimientos de esa época. Jamás tuve tanta conciencia de los límites del discurso histórico como cuando intentaba reunir en un relato simultáneo las experiencias extremas del terror y la utopía. Pero tal vez siempre sea preciso enmudecer antes de abordar la labor de actualización de la memoria.

KARL SCHLÖGEL

Berlín, primavera de 2008

INTRODUCCIÓN

Las introducciones son inauguraciones, aperturas, no versiones abreviadas de lo que vendrá ni anticipaciones. Moscú en 1937 es un «signo histórico» en el sentido que le daba Kant, el código cifrado de una de las mayores catástrofes históricas del siglo xx. En la conciencia de millones de ciudadanos soviéticos, el «año maldito de 1937» es sinónimo de innumerables tragedias humanas. Los años 1937 y 1938 son significativas fechas de muerte. Con el año 1937 acabaron también, de manera súbita, muchas vidas humanas.¹ Ese año lanzó sobre el país entero una onda expansiva que pudo sentirse mucho más allá de sus fronteras. En el espacio de un año fueron arrestadas cerca de dos millones de personas, unas setecientas mil de las cuales fueron asesinadas, y casi 1,3 millones enviadas a campos de concentración y a colonias de trabajos forzados. Esto ocurría en un país que ya antes se había convertido en el escenario de enormes pérdidas humanas, de modo que supuso un sufrimiento añadido inconcebible hasta ese momento. En la Primera Guerra Mundial, así como en la guerra civil que sobrevino, Rusia había perdido unos quince millones de personas, y luego, con la hambruna que se produjo como resultado de la colectivización, perdió otros ocho millones. Pero la cifra de encarcelados, condenados y fusilados de los años 1937 y 1938 constituyó un salto cualitativo, un exceso dentro del exceso.²

Sin embargo, lo que convierte a 1937 en una fecha tan terrible no es únicamente el número de víctimas. Una pequeña minoría de los perseguidos y asesinados sabía por qué había sido escogida. Los alegatos y las inculpaciones eran inverosímiles y fantásticos, y aún más fantástico fue el hecho de que los inculpados los repitieran y reprodujeran en sus con-

fesiones. Éste fue el caso de destacados líderes de la Revolución, hombres de Estado conocidos en el mundo entero, diplomáticos, expertos y directores a los que el país necesitaba con urgencia en su reconstrucción. Se supone que todos ellos prepararon sublevaciones y atentados, crearon y dirigieron redes de espionaje y cometieron actos de sabotaje en fábricas, minas o en institutos científicos. Sin embargo, poco tiempo después, los propios ejecutores de esas condenas se convirtieron en acusados, y los verdugos pasaron a ser víctimas. La cuestión fundamental sobre la que gira hoy toda investigación de este período—y sobre la que probablemente seguirá girando—es por qué se produjeron esos acontecimientos, cuál era su razón de fondo.³ Pero si bien antes toda la atención se dirigió hacia los procesos públicos de Moscú contra los miembros de la «vieja guardia», ahora ha quedado claro, desde la publicación de los documentos sobre las llamadas «operaciones masivas» de los años 1937 y 1938, que la gran ola de terror se dirigió en primer lugar contra personas humildes, sencillas, que no militaban en el Partido, personas seleccionadas y asesinadas de manera planificada, respondiendo a criterios sociales y étnicos.⁴

Todo un mundo de bibliografía, casi inabarcable, ha ido apareciendo sobre este tema.⁵ Desde el final de la Unión Soviética, y desde que se abrieron los archivos, se ha tenido acceso a una enorme reserva de fuentes que ha hecho posible una reconstrucción de los acontecimientos sobre una base nueva. Los documentos y las actas de importantes organismos del Partido y del Estado son ahora accesibles para la investigación, de manera que es posible reconstruir los debates internos, así como los procesos de formación de la opinión y de toma de decisiones. El material estadístico de algunas autoridades concretas nos permite ahora ofrecer cálculos más exactos en temas en los que antes estábamos a merced de estimaciones o de meras suposiciones. Algunas amplias ediciones de esas fuentes nos permiten analizar los estados de áni-

mo dentro del país, las formas de percepción por parte de los aparatos del Partido y del Estado, las maneras de proceder a la hora de tratar los conflictos entre el centro y las provincias.⁶ Se han publicado, además, trabajos fundamentales sobre el funcionamiento de importantes aparatos estatales.⁷ Y ello sin olvidar que han visto la luz y se han documentado los nombres, las cifras y las biografías de centenares de miles de víctimas, que ahora están a disposición de la opinión pública.⁸

La investigación de la historia del «estalinismo como civilización» ha hecho grandes progresos, sobre todo gracias al aprovechamiento de nuevos géneros de fuentes: memorias, diarios, películas, obras sobre la iconografía y la arquitectura.⁹ Y sea lo que sea lo que todavía pueda salir a la luz en términos de documentos espectaculares—algo que, en efecto, es de esperar en algunas cuestiones específicas—, será poco lo que pueda cambiar en cuanto a las líneas principales elaboradas a través de la «revolución de los archivos». Las fuentes editadas en los últimos años darán que hacer a toda una generación de historiadores.

La idea fundamental del presente libro es muy sencilla. Este ensayo pretende reunir documentos que, tanto desde una perspectiva historiográfica, como desde el punto de vista de la experiencia vital, deberían haber permanecido juntos pero que se han separado a causa de la exigencia de especialización que impone la investigación histórica. El punto de partida no es una nueva tesis sobre la esencia o la dinámica del «estalinismo», sino el intento de captar y actualizar como en un prisma el momento, la constelación que los contemporáneos percibieron ya como «históricamente significativa». Para ello es preciso investigar y reconstruir los acontecimientos *in situ*. En su conjunto, esos acontecimientos nos proporcionan el nudo en el que confluyen todos los hilos, la fractura en la que se interrumpen las líneas, la constelación en la que se descargan enormes tensiones. El método responde a la clásica unidad de tiempo, lugar y acción. Los acontecimientos

son reconstruidos y proyectados en la secuencia cronológica en la que se produjeron. La historia «tiene lugar», y no sólo tiene lugar en el tiempo, ni tampoco únicamente como una secuencia consecutiva de acontecimientos, sino que tiene lugar en un sitio, en un espacio, en un escenario. Todo lo que ocurrió en Moscú en el año 1937 se desarrolla en un escenario reducido, a menudo en una proximidad inmediata, y no sólo de manera simultánea, sino también en el mismo lugar. Tanto el lugar como el tiempo y la trama históricos forman parte de una misma cosa, y la historiografía no puede hacer más que reunir (otra vez) lo que «fue separado por las modas». De esa manera surge una unidad espacio-temporal que es la más adecuada y próxima para la realidad histórica.¹⁰ De ese modo se hace posible una historiografía que es también una historia de la simultaneidad.

Para pensar en conjunto el lugar, el tiempo y la acción, para dominarlos desde el punto de vista narrativo, Mijaíl Bajtín acuñó el término *cronotopos*; y lo hizo, por cierto, siendo aquel año un observador de los acontecimientos aquí descritos que vivía cerca de Moscú.¹¹

Esta historia simultánea no sólo encierra grandes problemas, sino que implica también ciertas ventajas, por las cuales vale la pena correr casi cualquier riesgo. El mayor riesgo radica en la coacción muda que ejerce la atadura de los acontecimientos a un lugar concreto. La historia circunscrita a un lugar y a una época supone siempre reconocer la simultaneidad de lo asimilable, la coexistencia y la copresencia de lo disparatado. El lugar garantiza la complejidad. La mirada panorámica y estereoscópica busca verlo todo simultáneamente, algo más adecuado a lo disparatado de este mundo que la mirada a través de un túnel, severa y concentrada. Al percibirlo todo de «una sola ojeada», ve las relaciones que se le escapan a una percepción tal vez especializada y demasiado particular. La percepción sensible al tiempo y al espacio libera referencias que se quedarían paralizadas en el caso de

una percepción concentrada pero sólo puntual. Sin embargo, precisamente a una época como la de la década de 1930, que representa en sí misma un período de extremos en una era de extremos, se le adecua más la idea de una *histoire totale*, si bien ésta nunca es totalmente intercambiable. La fuerza principal que ha de invertirse en esta historia se agota, en consecuencia, en la búsqueda de un camino y una forma para pensar simultáneamente esos extremos. Dominar las dificultades que ahí residen se reveló como un problema mayor que el de las fuentes. El mayor desafío lo representa no la escasez de fuentes, sino su abrumadora abundancia y su inagotable riqueza, salvo por algunas excepciones.

Es preciso aprovechar todo lo que nos ayude a nosotros, los nacidos después, a adentrarnos en ese mundo de cuya percepción inmediata fuimos excluidos y exonerados por naturaleza. No existe en principio ningún tipo de fuentes, ningún género o perspectiva que no pudiera ser significativo para arrojar luz en las sombras. Podrían ser decretos o diarios, artículos periodísticos o planos de ciudades; las guías de exposiciones podían ser tan elocuentes como los informes sobre arrestos o las actas de ejecución. Ninguna perspectiva y ningún ángulo queda excluido: la mirada de los turistas extranjeros, de los inmigrantes campesinos huidos a la ciudad, del alumno que se alegra por el reinicio de las actividades escolares, del lector de periódicos que soluciona un crucigrama o la confesión tardía de un «agente para misiones especiales». En lo que atañe a las experiencias complejas, Heródoto sigue siendo el mejor maestro.

Sin embargo, con ello no queda automáticamente aclarado cómo puede ser una «narrativa de lo simultáneo». En el caso que nos ocupa, algunos principios y modelos nos eran más próximos que otros. Se trata, en especial, de la *flânerie*, el concepto «*flâneur*» de Walter Benjamin, la estética de Serguéi Eisenstein y su técnica del *montaje*, y la teoría de los *cro-topos* de Mijaíl Bajtín. En Benjamin no sólo puede estu-

diarse lo que hace la historia en su condición de «fisonomía materialista», sino lo que puede conseguir la *flânerie* como modo de conocimiento; sin embargo, durante el trabajo en este libro hemos tenido que admitir también que el *flâneur* de Benjamin hubiera sido una figura anacrónica en la Moscú de la década de 1930: apenas hubiera podido moverse por las plazas de las grandes concentraciones de masas, y mucho menos sin la perenne vigilancia del policía secreta a él asignado. La estética de Serguéi Eisenstein y su técnica, así como su cine, parecían en un principio los más adecuados para proporcionarnos una forma en la que pudieran abarcarse y dominarse desde el punto de vista narrativo las rupturas, las discontinuidades y la simultaneidad de lo no simultáneo. A ello se añadía la circunstancia de que el propio Eisenstein había recibido el encargo de producir la película-homenaje para celebrar el año 1937. Sus bocetos, su guión, podrían convertirse posiblemente en un punto de partida para una «narrativa» histórica. Pero, independientemente del hecho de que Eisenstein no llevara a término dicho proyecto—tampoco en un intento posterior, con motivo del ochocientos aniversario de la fundación de la ciudad de Moscú—, es probable que hubiera algunos límites metodológicos inmanentes que impidieron una solución para esa labor. En 1937, no sólo estallan los conflictos, sino que se interrumpen historias vitales que han de ser narradas como historia y que no pueden ser «montadas» como átomos o fragmentos en un mosaico. El montaje, por paradójico que pueda sonar, resulta precisamente en este caso «poco complejo».¹²

Y por último tenemos a Bajtín, que nos muestra, en el ámbito de la literatura, que el cronotopo no sólo constituye la «inseparable relación entre tiempo y espacio»,¹³ sino que incluso puede hablarse de distintos cronotopos específicos. Basándonos en los cronotopos analizados por Bajtín en el caso de la novela, podríamos hablar del cronotopo «Moscú 1937», cuyas características principales serían la arbitrarie-

dad, lo repentino, la conmoción, lo inesperado, la desaparición y la disolución de las diferencias entre lo real y lo fantástico. Resultan en extremo instructivas para el desarrollo de una «narrativa de la simultaneidad», obviamente—y a pesar de la diferencia cualitativa entre ficción y no ficción—, las grandes novelas, en particular las novelas urbanas, que supieron encontrar formas narrativas para abarcar lo caótico, el carácter inabarcable de la vida en un lugar específico.¹⁴ Y precisamente porque nos aferramos a la convicción de que la historiografía sigue estando a merced de la narrativa y de lo narrable—y de que no es la narrativa lo que se encuentra en su fase final, como ha proclamado la posmodernidad, sino sólo una determinada ideología de la «gran narración»—, precisamente por eso podemos darnos cuenta, muy especialmente en el caso de la Moscú en 1937, de los límites de la historia narrable, tanto más cuanto que se trata de una historia urbana en el sentido habitual.¹⁵

El camino para adentrarnos en esa «vorágine de la historia», en ese *maelström*, en ese «aquestrarre», en esa «rueda del terror»—todas las imágenes y adjetivos con los que los contemporáneos o los historiadores expresaran su desconcierto—, sigue ciertos acontecimientos y estaciones. Éstos son subjetivos, pero no han sido escogidos de manera arbitraria. Las sondas han sido colocadas allí donde, tras minuciosos y largos estudios previos del terreno, se suponía que podrían hacerse importantes hallazgos. Para la elección de las estaciones y los acontecimientos—que se corresponden con los casi cuarenta capítulos o «cuadros» de este libro—no fue tan importante determinar si éstos eran especialmente drásticos o exóticos, sino si eran representativos. La lectura de los periódicos tuvo una importancia de primer orden, ya que las primeras planas formaban un haz de múltiples manifestaciones de la vida, por muy selectivos que fueran y por muy censurados que estuvieran. Los periódicos y las revistas eran el vehículo principal para percibir y representar el mundo no

de un modo disciplinario y unidimensional, sino abarcador e integral. En muchos sentidos, constituyen una fuente clave que, por lo visto, es subestimada porque la verdad siempre se intuye y se busca en algún sitio «debajo de la superficie». Por eso fue preciso abrir una senda a través de la superficie de los fenómenos, desarrollar una arquitectura que fuera la apropiada al curso de los acontecimientos, con todos sus nudos, sus torbellinos y sus explosiones. La división antepuesta a los capítulos es reveladora de ese aspecto.

El viaje comienza con el vuelo de Margarita, la heroína de la novela de Mijaíl Bulgákov—si bien es un vuelo de regreso a la ciudad de la que escapó—, y termina con la visita a la excavación de una obra en construcción en el lugar donde una vez estuvo la catedral de Cristo Redentor y donde, en el año 1937, se inició la construcción del Palacio de los Soviets. Este viaje, además, sigue los acontecimientos más importantes entre finales de 1936 y finales de 1938. En ese lapso se produce una condensación, ya que los acontecimientos históricos corren de forma paralela a los del año de un aniversario: los veinte años de la Revolución de Octubre. De ese modo, hacemos un recorrido por los principales procesos públicos, las celebraciones del aniversario de Pushkin, el Congreso Internacional de Geología y el Primer Congreso Nacional de Arquitectos. Otros acontecimientos espectaculares que mantuvieron a la opinión pública soviética en vilo durante todo el año—como los vuelos a Norteamérica, la conquista del Polo Norte, la aprobación de la nueva Constitución y las elecciones para el Soviet Supremo—pasan otra vez ante la mirada del observador. Conocemos así los escenarios, las tribunas de la vida social y política: el Teatro Bolshói, el parque Gorki, la Plaza Roja, las dachas en las afueras de la ciudad, las muchas exposiciones del jubileo. Sin embargo, de la Moscú en 1937 también forman parte los laberintos del terror, los sitios donde se llevaban a cabo las ejecuciones en la periferia de la ciudad, los campos de trabajos forzados en la zona del

canal, en el norte. De la ciudad de Moscú en 1937 forma parte, además, el núcleo central del poder, en el que se comenta todo, se decide todo, donde todo se prepara para su puesta en práctica. Y de ese año del Gran Terror forman parte, asimismo, las vacaciones de verano, el comienzo del año escolar, las instalaciones deportivas, el cine, los escaparates, los espectáculos de danza. Hacia esa Moscú de los años treinta conducen todavía muchos caminos, y Moscú es una ciudad que aún no forma parte de un mundo dividido (dan fe de ello la línea del frente en la guerra civil española, la Exposición Universal de París, las múltiples relaciones con Estados Unidos). Moscú en 1937 es percibida desde muchas perspectivas: la de los emigrantes retornados a la patria; la del intelectual antifascista que intenta apañárselas en el país donde se refugia, al tiempo que trata de entender lo que sucede a su alrededor; la de la mirada del personal de las embajadas y de los corresponsales de periódicos extranjeros. Todos ellos—de un modo u otro, como participantes directos o, más aún, como afectados—toman parte en el gran movimiento hacia el que se ven arrastrados, y que sólo acabará en el año 1938. Durante esos años, la ciudad—y de eso nos enteramos rápidamente en estos recorridos—es una obra en construcción, una ciudad en movimiento permanente.

Una mirada al mapa nos muestra, de la mejor manera, lo que significa la simultaneidad de los acontecimientos en un lugar. Todo ocurre en la más apretada secuencia y en la proximidad más inmediata. El mapa reproduce, de un modo espacial, lo que la división del libro despliega desde el punto de vista narrativo. Pero puesto que el mapa no puede reproducir la radicalización acumulativa, la aceleración de los acontecimientos, obtiene su fuerza expresiva gracias a una lectura conjunta de sus leyendas, es decir, de la narración de lo acontecido, la cual sigue una secuencia temporal. Sólo visto en conjunto, ese mapa arroja la unidad tiempo-espacio de la que pueden esperarse nuevos conocimientos y conclusiones.¹⁶